

NÚM. 11.

15 DICIEMBRE 1887

AÑO III.

DEL TOMO V.

NÚMERO 49.

REVISTA

DE

VIZCAYA.



DIRECTOR

VICENTE DE ARANA

SUMARIO

JAUN ZURIA Ó EL CAUDILLO BLANCO, (continuacion), por **Vicente de Arana.**

DIARIO DE UN ESPÍA... MALGRÉ LUÍ, (conclusion) por **Genaro Alas.**

LA MEMORIA DE VIZCAYA DE 1887 Á 88, por **S. G.**

LAS REVISTAS, por **A. P.**

LOS CARNOT, por **Flugeln.**

LIRIOS DEL RHIN, por **Vicente de Arana.**

SONETO, por **Victor Suarez Capalleja.**

CRÓNICA LOCAL, por **María de Artecalle.**

SECCION DE CURIOSOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calles Ercilla y Henao, A—Ensanche.

Bilbao.

ESCRITORES
DE LA
Revista de Vizcaya

- | | |
|---|--|
| <i>Argos.</i> (D. Sabino de Goicoechea. | D. Julio de <i>Lazúrtegui.</i> |
| D. Alfredo <i>Alvarez.</i> | » José M. ^a de <i>Lizana</i> , Marques de Casa-Torre. |
| » Federico de <i>Areitio.</i> | » Marcial <i>Martinez.</i> |
| » Ricardo <i>Becerro de Bengoa.</i> | » Ismael de <i>Olea.</i> |
| » Arturo <i>Campion.</i> | » Fidel de <i>Sagarminaga.</i> |
| » Juan Ernesto <i>Delmas.</i> | » Antonio de <i>Trueba.</i> |
| » Eduardo <i>Delmas.</i> | » Miguel de <i>Unamuno.</i> |
| » Julio <i>Enciso.</i> | » Camilo de <i>Villavaso.</i> |
| « Benito de <i>Goldaracena.</i> | |



NOTA

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Revista** corresponderá á los autores.*

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica.*



JAUN ZURIA
ó
EL CAUDILLO BLANCO

LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO IX.

SEGUNDA PARTE.

LA BATALLA DE PADURA.

(CONTINUACIÓN.)



—¿Diciesteis bien, señor,—dijo Rodolfo—pues si los que son *casi* santos pueden ser enterrados en el templo, bien está en él la que, según testimonio de todos, fué *enteramente* santa.—Pero parece me que dais demasiada importancia á la malquerencia de los clérigos.

—¿Eso pensais? Yo creo que en el estado actual de los ánimos, mi presencia en Vizcaya llevaría la division y la discordia entre los vizcaínos, que nunca tanto como ahora han necesitado estar *enteramente* unidos.

—Desechad esos temores, señor,—dijo Zuria.—Venid con nosotros, y yo os juro que nadie osará alzar la voz como no sea para aclamaros y bendeciros. Cierto es que los clérigos, algunos malos clérigos, pues sería injusto acusarlos á todos, tratan de suscitaros enemigos entre los mas poderosos señores, y de hacer que el pueblo, que siempre os ha querido, os cobre aversion; es cierto

que para conseguirlo recuerdan á cuantos quieren oírles que estais excomulgado, y os presentan como un enemigo de Dios y de su iglesia. Pero poco ó nada han conseguido hasta ahora, á pesar de sus esfuerzos. Los vizcaínos os adoran, y estoy seguro de que os recibirán con el mayor entusiasmo. Hasta los pocos que engañados por las lenguas de sierpe de cuatro indignos sacerdotes, os miran hoy casi como á un condenado, movidos por el ejemplo unirán sus aplausos á los de la multitud, ó enmudecerán de vergüenza.—Venid, señor. Vuestro condado formaba en otro tiempo parte de Vizcaya, y los vizcaínos se lo dieron á vuestro heroico abuelo. Deber vuestro es, pues, si es preciso, dar por Vizcaya y por los vizcaínos vuestra hacienda y vuestra vida, y la hacienda y la vida de vuestros súbditos. Estais en el deber de ayudar á Vizcaya á repeler al audaz invasor. Y si el deber no os lo ordenára, la conveniencia os lo aconsejaría. Si los vizcaínos fuesen vencidos y Vizcaya sometida al extranjero, ¿os seria posible mantener la independencia de vuestro hermoso condado? Venid, señor; venid á defender á vuestros hermanos. Vuestro cuñado Cenon y vuestra esposa Tida se estremecerán de alegría en el sepulcro cuando vuestro estandarte ondee al lado del estandarte de Vizcaya —Venid, señor, y no os tenga en cuidado lo que digan ó hagan los malos clérigos. ¡Los clérigos! ¿Por ventura tienen ellos que mezclarse en los asuntos de la república? ¿Qué entienden ellos del gobierno de los estados? Hagan oír su voz cuando se trate de rezar; pero no ahora que únicamente se trata de combatir. ¿Qué entienden ellos de eso? ¡Para los clérigos el ritual y el breviario, la sotana y el roquete, los rezos y las homilias, los ayunos, las maceraciones, y los himnos jeremíacos! ¡Para nosotros, caballeros é infanzones de Vizcaya, las espadas y los broqueles, las lanzas y los caballos de guerra, los alegres festines, las bélicas canciones, el fragor espantable de los combates! ¡Ellos en el templo, y nosotros en el estrado, y en el consejo, y en el campamento!—¡Venid, señor; venid á trinfar! ¡Venid á ganar una nueva empresa para vuestro escudo! ¡No se diga nunca que el nieto de Sancho Aznar permaneció impasible y con la espada en la vaina mientras el extranjero acuchillaba á sus hermanos de Vizcaya!

—El nieto de Sancho Aznar está siempre presto á dar su sangre y su vida por la independencia de Vizcaya—dijo Estíguiz con entusiasmo.—Partiríamos enseguida para Amorebieta; pero sin duda estais fatigados y necesitáis descansar. Mañana mismo, al rayar el alba, hemos de ponernos en camino.

—Yo creo, señor que no debemos esperar á mañana. Ni mis compañeros ni yo estamos fatigados, y aunque lo estuviésemos no nos arredraría la pequeña distancia que hay entre Euba y Amorebieta. No hay tiempo que perder; de un momento á otro puede el enemigo penetrar en Vizcaya.

—Sea como vos quereis, Lope Fortun. Partámos enseguida.—¿Lo ois, Adam de Echáburu? Dad las órdenes necesarias para levantar

el campo, y para que todos se apresten à partir à la primera señal. Ireis por delante con vuestras lanzas y anunciareis nuestro arribo. Nosotros iremos en la retaguardia—Que Gaspar de Astola cuide de que nada falte à los servidores de estos caballeros.—Y vosotros —añadiò dirigiéndose à Lope Fortun y Rodolfo—venid à sentaros en mi tienda, y à desempolvar vuestros gaznates con algunos sorbos de un riquísimo vino que me ha enviado mi muy amada sobrina la reina de Navarra (1).

II.

Para cuando Sancho Estiguiz montó à caballo y diò la señal de partir, ya la noche había cerrado por completo, y la luna, como deseosa de presenciar la marcha de la lucida hueste, asomaba su redonda faz por detrás de la sierra de Oiz.

Sonaron los clarines y atabales, oyéronse voces de mando y gritos de alegría, y en el mismo instante el pequeño ejército se puso en camino por la márgen del rio, siguiendo el curso de sus transparentes aguas.

Iba delante Adam de Echáburu seguido de sus buenas lanzas, y en pós de él avanzaban los señores de Bèrriz y de Yturri, al frente de sus respectivas mesnadas. Cien ballesteros y cincuenta caballos guiaba Torcaz de Abadiano, uno de los primeros y más valientes caballeros del condado. Tras él iba Pedro de Munchàraz, y aunque solo llevaba veinticinco jinetes, seguiale en cambio un número muchísimo más considerable de peones. Pocos, pero muy gallardos y fornidos eran los soldados que acaudillaba el señor de Jáuregui, nacidos y criados todos al pié de los formidables peñascales de Amboto y Urquiola, en las repúblicas de Arrázola y Axpe. Iban luego las mesnadas de Rodrigo de Yúrreta; del señor de Guereña, de Mallábia; de Lope de Uribe, de Garay; del señor de Iturriaga, de Mañaria; del señor de Zalduégui; de Zaldibar; del señor de Gomendio, de Bèrriz, y las de otros muchos caballeros. Cabalgaba despues Sancho Estiguiz, llevando à su derecha à Lope Fortun y à su izquierda al noble germano, y seguido de algunos de sus más queridos caballeros; y en pos de ellos avanzaban las lanzas del conde y los soldados que la buena y leal villa de Tabira había puesto à su disposicion. La impedimenta venia despues, conducida por àgiles y fortísimos caballos de Zaldibar y Aramayona.

Llevaba el pendon del condado un gallardísimo mancebo de diez y nueve años, cuyo nombre no dicen las crónicas, pero que segun parece era del lugar de Eremuba, donde hoy se asienta la noble villa de Ermua. Iba por primera vez à la guerra, y pensaba con

(1) La reina de Navarra era hija de Cenon, caudillo de Vizcaya y cuñado del conde de Tabira.

delicia en las proezas que iba á hacer, en los trofeos que iba á ganar, en el lustre que iba á dar á su nombre. ¡Qué alegría y que orgullo experimentaría su bella prometida cuando llegasen á sus oídos las nuevas de sus hazañas! ¡Con qué amable sonrisa, con qué estrecho abrazo, con qué dulces palabras le recompensaría á su regreso! No sabía el infeliz que aunque con gloria debía morir en la primera, en la única batalla de aquella guerra memorable. No sabía el iluso que su bella novia le lloraría... y se casaría con otro. Más de mil años han trascurrido desde entonces, y sin embargo todavía suceden todos los días cosas semejantes.

La hueste avanzaba rápidamente y en todos los rostros se veía retratada la más viva alegría, y el más ardiente entusiasmo. Pero de todos los soldados los más alegres y bulliciosos eran los que servían á las inmediatas órdenes del conde, y que formaban una especie de guardia de honor. Cabalgaban cantando, y su canción era, poco más ó ménos, del tenor siguiente:

—«¡Lelo murió! ¡Lelo murió! (1) El malvado Zara le asesinó cobardemente.

«¡Lelo murió! Murió el gran guerrero *euskalduna*, el orgullo de las montañas, el terror de nuestros enemigos.

»Mas feliz que él, Indartia murió peleando: Lekobide, que semejante á los inmortales, salía siempre ileso de las batallas, murió agobiado, más que por el peso de los años, por el de los laureles ganados en mil combates.

»Otros muchos guerreros dejaron para siempre nuestras montañas por la region ignota de las sombras. Pero, por fortuna, aquí no se extingue jamás la raza de los héroes.

»¿Qué importa que el roble secular, de corpulento tronco, carcomido por los años, caiga de vejez, si en torno suyo crecen lozanos sus retoños, y si de sus bellotas, esparcidas por el viento, brotan en el bosque centenares de lindos y vigorosos arbolitos?

»Antes faltarán árboles en los bosques, y hierba en los prados, y arenas en el mar, y estrellas en el cielo, que falten en Vizcaya pechos heroicos que oponer al audaz invasor y defender la independencia de ésta tierra siempre libre.

»El rey de Oviedo, en lugar de enviar su valiente ejército contra los moros, para expulsarlos de las vastas y feraces regiones que ocupan en la hermosísima península roturada y cultivada por nuestros padres, empresa en la cual le ayudaríamos gustosos, lo envía contra nosotros, al mando de su hijo Ordoño el Malo, y de su cuñado Odoario. Pronto, muy pronto verteremos su sangre y les haremos morder el polvo.

»¡Insensatos! Vienen á buscar al leon en su cueva, y el leon les destrozará con sus garras.

(1) En aquel tiempo todas las canciones patrióticas de los *euskaros* empezaban recordando el trágico fin del célebre Lelo.

» Pudieran tenernos por aliados, por amigos, por hermanos; pero prefieren tenernos por enemigos. ¡Guerra, pues! ¡Guerra sin tregua y sin misericordia!

» Mientras peleamos, en nuestros hogares piden á *Jaungoikoa* que nos conceda la victoria. Y *Jaungoikoa* les escuchará.

« ¡Dichoso aquel que después de la guerra pueda volver á su hogar, cargado de laureles! Su anciano padre le bendecirá, su madre llorará de gozo, su hermana le saltará al cuello, y su novia le besarà en los labios.

« ¡Pero más dichoso, mil veces más dichoso el que muera peleando, por la patria! Este recibirá el ósculo del excelso *Jaungoikoa*, y tendrá en el cielo un lugar preeminente.»

III.

Por las noticias recibidas de Vizcaya, tenía-se la seguridad de que el enemigo trataría de penetrar en el país por la peña de Orduña, y por eso en un principio se pensó reunir el ejército en Galdácano, al pié de la sierra de Gangúren, como el punto mejor situado para de él acudir á la defensa de aquella parte del territorio. Si luego se decidió acampar algo más al Este, en Amorebieta, fué por recibir allí, en la frontera misma del Señorío, el contingente del conde de Tabira, con cuya ayuda se contaba. Pero sin la oportuna y dichosa intervención de Zuria, es probable que Sancho Estigüiz no se hubiese decidido á salir de su condado, y que los vizcaínos se hubiesen visto obligados á pelear solos.

¡Con qué alborozo fué recibida en el campamento de los vizcaínos la lucida hueste del conde! Durante algunos momentos todo fué saltos y gritos de alegría, aclamaciones, abrazos. Y como el entusiasmo es contagioso, hasta aquellos en quienes más mella había hecho lo que del conde se había estado diciendo por sus enemigos, le victorearon estrepitosamente. No salió, pues, errada la predicción de Lope Fortun, y hubo clérigo que, de despecho, salió del campamento como alma que lleva el diablo, y no paró hasta la remota aldea de donde por mal de sus pecados viniera. Otros más nobles, acallando sus malas pasiones, solo pensaron en la salud de la patria.

El anciano padre de Zuria, el venerable Lope Fruiz, señor de Montalban, estrechó á Estigüiz entre sus brazos con la mayor efusión. Este apenas pudo reconocerle: á tal estado le habían reducido, más que los años, las desgracias de su familia; es decir, la muerte de su amada nuera y la de su adorado nietezuelo. Estaba seco, amarillo, encorbado y tembloroso. Del inhiesto y lozano roble solo quedaban el carcomido tronco y la áspera y rugosa corteza.

Por eso se condolió Estigüiz profundamente cuando supo que los vizcaínos habían designado al viejo para guiarles al combate.

¿Pero cómo oponerse á aquella elección, dada la inmensa popularidad del señor de Montalban? No se le ocultaba al conde que los intrigantes lo habían hecho por temor de que Lope Fortun fuese elegido, y que de ese modo le fuera más fácil ganar el alto y codiciado puesto de señor y caudillo de Vizcaya.

No fué ménos desagradable la impresión que aquella inesperada noticia produjo en el ánimo de Lope Fortun, no por que en lo más mínimo contrariase sus planes, sino por que sabia que viejo y enfermo y quebrantado como estaba su amado padre, no podría soportar las fatigas y penalidades de la campaña. En cuanto al anciano, aunque el amor á la patria y á los combates le habia llevado al campamento, bien decidido á pelear si sus fuerzas se lo permitian, hubiera deseado pelear como soldado y no como caudillo, pues estaba muy lejos de hacerse ilusiones acerca de su estado. Negóse, pues, al principio á aceptar el honor que quería hacerse; pero fueron tales y tan reiteradas las súplicas de los guerreros más distinguidos, que, bien á pesar suyo, se vió obligado á ceder.

Lope Fruiz y los suyos se desvivian por agasajar á los recién llegados. Las cuernas, henchidas de sidra ó de vino, pasaban de mano en mano, los brindis redoblaban, la alegría era cada vez más franca, más cordial, y más estrepitosa. Por fin, el viejo caudillo, despues de tener una conferencia con Sancho Estíguiz, Lope Fortun y los demás guerreros más distinguidos, y de determinar que, en vista de las noticias que de los movimientos del enemigo se tenían, el ejército se pondría en marcha el día siguiente al amanecer, dió la órden de que inmediatamente se entregaran todos al reposo.

Pronto reinó en el vasto campamento un silencio profundísimo, solo de tiempo en tiempo interrumpido por las voces de alerta de los centinelas.

IV.

Apenas habia empezado á mostrarse por detrás de la sierra de Oiz la blanca y ténue luz precursora del día, cuando el desapacible son de los clarines anunció que era llegada la hora de abandonar las dulzuras del sueño y de prepararse para emprender la marcha. En breves instantes recobró el campamento el animado y alegre aspecto de la vispera.

Pero Lope Fruiz tardaba en presentarse, y como se decía que sus achaques se habían recrudecido durante la noche, la ansiedad era general. No pocos comprendían, aunque tarde, cuán locamente habian obrado tomándole por caudillo.

De pronto, oyéronse alegres gritos y entrepitosas aclamaciones, y de un extremo á otro del campamento corrió como un rayo la fausta nueva de que el insigne gefe vizcaíno acababa de salir de su tienda y se aprestaba á ponerse á la cabeza del ejército.

En efecto, el anciano Lope Fruiz, apoyado en el brazo de su hijo, y departiendo con el conde de Tabira, se adelantaba lenta y trabajosamente por entre los grupos de guerreros.

Era una crueldad y una locura hacerse guiar al combate por aquel pobre anciano agobiado por el dolor y por los años. Ciertamente, su glorioso nombre, su gran conocimiento de las cosas de la guerra, y el recuerdo de sus insignes victorias inspiraban á todos entera confianza, pero ¿podría aquel quebrantado cuerpo soportar las rudas fatigas de la campaña?

Un rubio pajecillo conducía el caballo de Lope Fruiz, y un fornido y atezado escudero traía su escudo y su tremendo espadon.

Montó á caballo el viejo ayudado de su hijo, y abrazó no sin trabajo el escudo que le alargaba Sancho Estiguiz. Luego, el conde le presentó el espadon.

Pero ¡ah! no era ya Lope Fruiz aquel guerrero hercúleo que con un hombre debajo de cada brazo aventajaba en la carrera á los más ágiles y vigorosos. No era ya Lope Fruiz el hombre fornido que mataba un toro de una puñada, y que con sus fuertes espaldas arrancaba de los goznes la más pesada puerta. Poco faltó para que el espadon se le cayera de las manos.

—Ya lo veis—dijo el anciano con amargura.—Mis brazos han perdido su vigor. Mejor estoy para orar con las mujeres en el templo, que para acuchillar en el campo al enemigo. No es un pobre viejo como yo quien puede llevaros á la victoria. ¿Olvidais qué caudillos tiene el enemigo? Otros tan buenos teneis entre vosotros; elegid al que os parezca mejor, y dejad que el viejo, como un perro ya inútil, vaya á tenderse en el rincón más oscuro de su casa, á dar reposo á sus cansados y doloridos huesos.

Las palabras del venerable anciano fueron acogidas con un murmullo de compasion.

—Dice bien Lope Fruiz,—esclamó entonces el conde.—Ya él ha peleado bastante. Hartas victorias ha ganado, y su glorioso nombre no se borrará ya jamás de la memoria de los vizcaínos. Elegid otro caudillo más joven y vigoroso; empero cuidad de que la eleccion sea acertada.

Un nombre, el más popular y querido en Vizcaya después del de Lope Fruiz, salió entonces de millares de labios.

—¡Viva Lope Fortun el Blanco! ¡A Lope Fortun queremos por nuestro caudillo!—gritaban todos.—¡Que nos guie Lope Fortun! Solo á él hemos de seguir al triunfo ó á la muerte!

Pronto no se oyó otro cosa en el vasto campamento. Los pocos que no veían con agrado aquella gigantesca explosion de entusiasmo, se vieron obligados á morderse los labios, ó á unir, bien á su pesar, sus aclamaciones, á las aclamaciones de la multitud.

Lope Fruiz, que se había ya desmontado, tendía el espadon á su hijo, quien se arrodilló para recibirlo.

—Tomad, hijo mio;—dijo el anciano—y no lo blandais jamás

como no sea en defensa de la patria, de la libertad, y de la justicia. Si así lo hicieréis, la victoria seguirá siempre vuestras banderas.

Acababa Zuria de tomar el formidable espadon y de abrazar á su padre, é iba á montar á caballo, cuando Rodolfo se acercó á él y le dijo á media voz:

—No debemos dejar escapar esta oportunidad. Voy á hacer que vuestros amigos os proclamen señor y caudillo de Vizcaya.

—No hagais tal, Rodolfo,—contestó vivamente Zuria.—El ejército me aclamará espontáneamente despues de la victoria.

—Pero ¿y si somos vencidos?

—No puede ser.

—Pensad, señor, que la fortuna, como mujer, es muy voluble.

—Pues bien, si la fortuna nos es adversa.... entonces moriré peleando.

Y dichas estas palabras, púsose de un salto á caballo, en medio de las aclamaciones de la multitud.

V.

El ejército, que debía seguir la márgen del rio de Urazango hasta su confluencia con el Ibaizabal ó Nervion, y luego remontar el curso de este rio dirigiéndose á la famosa peña de Orduña, estaba ya preparado para ponerse en marcha. Cada uno esaba en su puesto, los jefes arengaban á sus soldados, y Lope Fortun recorría las filas examinándolo todo, dictando disposiciones, y exhortando á los vizcainos á pelear con el mayor denuedo sino querian la ruina de la pátria, si no querian en un dia ver hollados los laureles ganados en cien combates.—Si venceis—decía Lope Fortun—sereis libres, felices y respetados, y nuestros enemigos no osarán ya jamás acercarse en son de guerra á nuestro territorio. Pero si sois vencidos ¡oh vergüenza! os despojarán de vuestros bienes, os robarán vuestras mujeres y vuestras hijas, os expulsarán de vestros hogares, y de hombres libres os vereis trocados en viles esclavos.

—¡Antes morir! ¡antes morir!—gritaban todos.

Luego, Lope Fortun se despidió de su padre, rogándole que volviera enseguida al lado de su esposa, y despues de cruzar algunas paladras con Estiguiz, dió la señal de partir. En el mismo instante el ejército se puso en marcha al bélico son de los clarines y al estruendoso y acompasado redoblar de los atabales.

¡Momentos de suprema, de inefable delicia. para el que, henchido el corazon de alegría y entusiasmo, avanza erguido con la espada desnuda en la mano! ¡Momentos de prueba para el miron, si el miron tiene sangre en la venas; momentos de prueba para el miron, cuyo corazon late con fuerza, y cuyos pies se mueven maquinamente al compas de los bélicos instrumentos; momentos de

prueba para el miron, que diera entonces cualquier cosa por una espada, por una lanza, por un caballo!

Rompía la marcha el egregio conde de Tabira, guiando la brillante huesse que había traído del condado, y en pos de ella cabalgaba Lope Fortun, rodeado de Rodolfo, de Ivan de Meacaur, de Ruy de Solagoiti, de Reinaldo de Zia, de Leonel de Arana, de Gracian de Lebario y de otros caballeros, y seguido del ejército de Vizcaya. Este era numeroso y bien armado, y daba gozo contemplar la gallardía, el desembarazo, y el aire marcial de jefes y soldados.

Avanzaba en primer término el contingente de Mundaca, república la mas antigua de Vizcaya, capitaneada por Martin de Lamíaran, apuesto jóven de ojos azules y dorada barba, y venían en pos los de Bedarona y Axpe de Busturia, á los que gobernaba un infanzon de la casa de Solarte, pequeño de cuerpo y redondo como una bola, pero que en valor no cedía al mas gallardo. En cambio, el que acaudillaba á los de Murueta era tan flaco y larguirucho como una caña y tenía unas manos tan finas y delicadas que una doncella hubiera envidiado; pero poseía un alma noble y grande y un corazon heróico, y su cuerpo era como el acero, que se quiebra pero no se dobla. Seguían luego los guerreros de Fórua, custodiando el glorioso pendon del Señorío, y guiados por el gigantesco y membrudo Gonzalo de Lantiron, y en pos de ellos avanzaban los contingentes de todas las demás repúblicas, capitaneados por los mas ilustres caballeros de la comarca, y compuestos los unos de peones y jinetes, y los otros tan solo de peones.

Allí estaban los marinos y pescadores que de Laredo á Deva habitan los lindos puertos de nuestra costa, y que abandonando sus habituales faenas y trocando el remo por la lanza, la red por la ballesta y el arpon por el hacha de armas, habían corrido á pelear por la patria; los rudos ferrones que á la orilla de nuestros correntosos rios laborean el hierro, y que, despreciando todas las demas armas, solo traen tremendas barras de hierro, temibles en sus manos vigorosas; los que apacientan sus rebaños en las laderas del gigantesco Sollube y en las escabrosas sierras de Oiz y de Bizcargui. Estos venían cargados de sendas porras, porque habituados á batir á los lobos á garrotazos, creían que para vencer á los asturianos no se necesitaba un arma mas formidable. Allí estaban los que en las frescas umbrias que se extienden á ambas orillas del Butron, y en la deleitosa comarca de Básigo de Baquio, y en la encantada vega de Lequeitio, remedo del paraíso, se sienten tan felices como pueden serlo los bienaventurados; los que en Baracaldo despojan de su rojo y lindo fruto los cerezos, y adornan con él las orejitas, unas rojas y más lindas aún, de las doncellas; los que moran en el paradisiaco jardin de Abando, que el Ibaizabal rsviste de eterna verdura; los que labran las risueñas vegas que fertiliza el Asua; los que en Ereño y Murélagá cons-

truyen sus caminos y las cercas de sus heredamientos con preciosos mármoles dignos de entrar en la edificación de los templos mas magníficos y de los alcázares mas suntuosos; los guerreros de Arrázua, descendientes de aquellos fuertes varones que en el monte Gastiburu derrotaron por completo á los romanos de Augusto, obligándoles á reembarcarse; los que persiguen al ánade y á la agachadiza de bajo y tortuoso vuelo en las risueñas vegas que baña el rio de Mundaca; los que en los espesos jarales de Navarritz tienden lazos á los parleros mirlos y exterminan las sabrosas becadas que los pueblan; los que vigorizan su cuerpo bañándose en las cristalinas aguas del Lea; los de las antiguas Amoredo é Ibaibaso, hoy Amoroto y Guizaburuaga; los de Jemein, donde está el prodigioso templo de Arrechinaga, obra sorprendente de la naturaleza; los que moran al pie del histórico Arechabalagana, donde se alzaba uno de nuestros árboles sagrados; los que siguen al jabalí y al corzo por las seculares selvas de Bedia; los de Dima, donde están la maravillosa cueva de Balzola y el admirable puente natural de Gentilzubi; los de Orozco, donde está la hermosa gruta de Sopelegor, en la gigante peña de Gorbea, casi siempre coronada de nieve; los fornidos carboneros de Iturrioz, hoy Trucios, y de Carranza; los valientes hijos de Arcenales, célebre por sus minas; los que en el límpido Cadagua pescan ricas truchas y loinas, anguilas y salmonetes; los nobles hijos de Zalla, terribles en la guerra como leones, y en la paz mansos como corderillos; los de Gordejuela, renombrada por sus sabrosos y delicados frutos; los de la vieja Avellaneda, donde aun hoy se alzan, cubiertas de hiedra, las ruinas del vetusto consistorio; los que en Somorrostro extraen el rico mineral de hierro que en tan gran cantidad puso allí Jaungoikoa, para que pudiéramos forjar armas con que defender nuestra independencia y la independencia de nuestra amada España.

Pero ¿qué necesidad hay de enumerarlos todos, si todos son vizcaínos, y por ende valientes hasta el heroísmo, leales hasta el sacrificio, constantes hasta la muerte? Todos eran hijos de Aitor, del Gran Patriarca, y los hijos de Aitor no ceden á nadie en valor ni en ardimiento cuando pelean por la independencia.

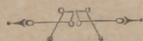
CONTINUARÁ

VICENTE DE ARANA.





Diario de un espía... malgré lui.



Viernes 9 de Setiembre.

Madrugué mucho, y tuve que despertar al palafrenero y á la cocinera; mientras el primero ensillaba mi corcel la segunda me preparaba una taza de café; eran las cinco cuando llegaba al puente sobre el canal; en las calles había poco movimiento; la carretera aparecía interrumpida por el parque sanitario, que al paso, los coches apenas guiados por los soldados adormecidos, ocupaba más de 300 metros. El día ofrecía ser espléndido, aunque de vez en cuando el soplo caliente del mistral agitaba el follage y levantaba remolinos de polvo; calculando que el simulacro empezara á las siete tenía dos horas para andar el camino.

El primer kilómetro pude andarlo al trote; antes de mediar el segundo ya tuve que resignarme á marchar al paso; chocábame, y no me pesaba, que la carretera estuviera desierta; pero á eso de las seis empezaron á alcanzarme y pasar de largo vehículos de todos géneros; todos trotaban desde el brioso pur-sang hasta un pollinejo enganchado á una especie de velocípedo; solo mi impasible cabalgadura tomaba el camino y los latigazos con la mayor calma. Como la tarde anterior la vergüenza me sacó de la carretera, y rodeando lo ménos posible fui caminando en demanda de

Villasavary. Disimulaba mi impaciencia estudiando el terreno accidentado que se levantaba á mi derecha, y que segun el primitivo plan publicado por el *Figaro* debió haber sido el teatro de la acción; mucha gente había atrasada de noticias, pues en lo alto de las lomas se veía bastante en actitud de tranquila expectación. Eran las seis y media cuando el jamelgo empezó á cojear de una manera alarmante; y confieso que aquí se agotó mi paciencia; fué mi primer impulso atarlo á un árbol, y seguir á pié; pues calculaba que con el testimonio del gendarme la indemnización, en caso de pérdida difinitiva, no sería muy crecida; pero recordé que por allí cerca estaba la granja del día anterior, aquella en que sin duda se había alojado parte del batallón que me había dado el gran susto. Muy pronto dí con ella, pero parecía solitaria; al cabo respondió á mis voces una vieja, que me hizo saber que en un patio interior encontraría dos mozos de labor, y acaso al patrón; estaban allí los primeros, haciendo gavillas de paja; espúseles mi deseo de dejar en la granja el rocin, mediante retribución; no me contestaron, pero uno de ellos salió á una gran puerta y gritó—Eh, le patrón—Tres ó cuatro minutos despues llegó el patrón, jóven, rubio, y de cara socarrona; con elocuencia y humildad repetí mi demanda, mientras el hombre miraba con desprecio á la cabalgadura y con recelo al desmontado ginete; cuando terminé oí una especie de gruñido; insistí, y el francés con mal humor dijo muy claro esta vez—Pas posible, filez done, monsieur.—Sabe Dios lo que pensarían de mí, y sabe Dios lo que estarían dispuestos á hacer conmigo; tomé el caballo de las riendas, y seguido de la vieja salí de nuevo al camino; mientras montaba, aquellos tres beduinos me miraban con una sonrisa estúpida. Tres tentativas del mismo género que me ocuparon hasta las siete tuvieron el mismo resultado, y ya volvía á mi primitivo proyecto de emancipación difinitiva cuando dí en una casita de modestísima apariencia, á cuya puerta comía un pedazo de pan una pareja de bastante edad. La desesperación me sugirió una idea detestable pero provechosa;—Eh monsieur, grité sin apear me—lisez done—y alargué al campesino, que se acercaba gorra en mano, una tarjeta dirigida á un jefe de artillería; leyó el hombre y me miró sorprendido.—Soy extranjeró, necesito ver á este oficial ¿lo conoce V. por casualidad?—El buen hombre se escusó de no conocerlo, pero se ofreció á acompañarme á Villasavary, donde sin duda estaría con la artillería que había pasado por allí hacía un rato—Es el caso le dije que este animal cojea endemoniadamente, y si V. tuviese otro á mano yo pagaría bien el servicio—Pero en todas las cercanías no había al parecer un

caballo desocupado; pedido lo más no se trató de lo ménos; el jamelgo entró en la cuadra, y á los cinco minutos corría yo como un gamo por aquella carretera adelante, mas descansado que si ocupara una victoria de doble suspensión. Pero, estaba escrito que todo habían de ser peros, el campesino trotaba á mi lado; se había decidido á presenciar el simulacro; no había pensado en ello pero lo hacia por el gusto de acompañarme; algo debió descubrir en mi gesto, porque añadió—Aunque gasto blusa, aquí donde V. me vé soy el propietario.—No era su alcurnia lo que me molestaba; así es que quedé insensible á tan alto honor, y procuré disuadirlo de su intento; pero pronto comprendí que era imposible—Comerá V. con ese coronel?—me dijo de pronto; el pobre hombre ya se veía compartiendo el almuerzo de mi fantástico amigo el artillero. A VV. les parecerán pequeñeces todas estas cosas, pero á mi se me abultaban enormemente; ya me figuraba yo al campesino, despechado al ver que no había tal comida, dando parte á la policía de la presencia de un extranjero, y en todo caso, mientras se ponía en claro la cosa, pasaría la oportunidad de ver lo que sucedía; además era intolerable semejante compañía para toda la jornada. Felizmente en la boca de un camino transversal estaba una carreta volcada; mi acompañante con grandes exclamaciones corrió á prestar sus ausilios, y yo aprovechando la ocasión lancéme á un viñedo inmediato, y en ménos de un minuto salí á doscientos metros, y sin volver la cabeza, ni hacer caso de los transeuntes seguí mi carrera, hasta que calculé que mi hombre debía haberme perdido de vista. Sonó entónces el primer cañonazo. Muy al por menor he descrito en *El Imparcial* mi jornada militar; copiarla aquí sería muy largo; recortada resultaría infiel y poco divertida. Solo como recapitulación de mis impresiones diré que á mi vuelta de Villasavary amarga duda embargaba mi ánimo ¿sería lo que yo había visto y oído un insignificante episodio de lo que había sucedido? tan poco y tan malo me parecía que la modestia mas elemental me sugería esta desconfianza de mis propios sentidos; pero la confrontación de las relaciones de multitud de corresponsales vino posteriormente á revelarme que había sido testigo de la parte culminante y esencial, de lo que los franceses con su aparatosa fraseología llamaban el duelo de Vincendón y Warnet; en realidad había asistido al duelo de la táctica francesa envenenada por la imitación germana. Pasaré muy de prisa por algunos episodios de aquella jornada, pues debilitada por el tiempo la impresión que me produjeron, su narración resultaría languida y pesada; una conversación con el gefe de policía Mr. Pauly, mi caída á un foso mientras

escuchaba la alocución del general Ferrón, la negativa de un tabernero á darme un bocado y un trago, que me hacían gran falta, y mi almuerzo en un puesto de fruta (reducido á un pedazo de pan, otro de queso, una pera, y un vaso de vino que parecía agua dentífrica) son los puntos más culminantes de la mañana; digo mal el más culminante fué la pérdida de la *petite cravache* que acaso sería para la *dame* recuerdo de mejores tiempos; pero mi preocupación era inmotivada; la magnánima fondista ni aun quiso hablar de semejante bicoca, y se contentó con cobrarme treinta francos por el servicio de cabalgadura. Más de las dos eran cuando, blanco como un molinero, dejando pasar á cada momento los escuadrones de cazadores y dragones, que no muy arrogantes, trotaban hácia Castelnau-dary, llegué al albergue y tuve el gran placer de no encontrar allí al propietario; pagué á la vieja treinta sous, diome de valde una varita de álamo, y encaraméme de nuevo sobre la silla. Las de Cain pasé durante dos horas; ya tenía que pasar revista á un batallón que descansaba sentado en la cuneta, ya cruzaba entre una batería apostada en la carretera, y Dios sabe cuánto alabé la finura ó el cansancio de aquellos soldados, que cuando más se limitaban á exclamar, sin ánimo de ofenderme—*Oh, un pur sang*—Un cuarto de hora llevaría de respiro, casi solo, que era mi anhelo, cuando oí sonar la campanilla de un velocípedo, y unas voces que no entendí; pasó á mi izquierda un biciclo, rápido como una exhalacion, y ya creía evitado el peligro, cuando—*Paf*—, un choque contra la retaguardia de mi rocinante; vuélvome al oír un tremendo *sacre nom*—y en el suelo, entre una nube de polvo, maldiciendo como un vecino de Grado, yacía un velocipedista militar, y á su lado una bicicleta partida por gala en dos. No se sí pegué ó mordí, pero el jumento salió á galope; sino corre juro que me apeo, y corro yo; sobre mi cabeza iban acumulándose una série de delitos tal que la conciencia más empedernida no podría ménos de gritar. Llevóme la carrera al medio del tren sanitario, aquel que encontrara por la mañana, púsemme en fila con los soldados del tren, y ya no me separé hasta avistar la poblacion. Entré, Dios me lo tomará en cuenta, solo, á la vista de la poblacion engalanada que en balcones y cafés se agolpaba esperando la llegada de las tropas; en vano busqué con la vista turbada un granuja á quien confiar el rocín; tenía en frente una calle de más de doscientos metros, doscientas horas de verguenza. Un repartidor de prospectos debió comprender mi situacion, alargóme uno; y ya con aquella defensa, engolfado en la sabrosa lectura, insensible al tiempo, al espacio, y al número (enemigos de nuestro reposo segun Lecomte de Lisle) ofrecíme en espectácu-

lo á aquellos compatriotas de Tartarin; bien espiaba mi espionage.

Llegué al hotel, y sin cepillarme salí escapado á ver la entrada de las tropas; seguí al primer regimiento hasta su canton de Mas-Saint-Puelles; y ya á las ocho me sentaba á la mesa, donde me esperaban los comisionistas, que no habian querido comer sin *le colonel espagnol*. Escasamente habría tomado la sopa, alternando las cucharadas con las respuestas á las preguntas de mis amigos, cuando misteriosa y acongojada doblóse hácia mí la esbelta *dame*—Oh monsieur, on vous demande—; llevé un susto; fígúrense VV. que sin acordarme de donde estaba se me antojó que venian á darme malas noticias de mi familia—Un espagnol?—pregunté—Pas, monsieur; la police!—Al diablo, la police, digales usted que allá voy.

La alegría, que como reaccion del inmotivado susto se apoderó de mi ánimo, me llevó á tratar á aquellos corteses funcionarios un poco en guasa; en realidad abusé de mi ventajosa posición. Ellos tenían gran interés en que yo saliese del teatro de operaciones, y un derecho no muy claro para exigírmelo; yo por el contrario visto lo visto no tenía gran afán en quedarme, y en cambio defendía el derecho abstracto á no ser expulsado en tiempo de paz de un territorio amigo, máxime siendo yo militar retirado. No sé en qué hubiera parado la cosa, si en marcharme aquella misma noche ó esperar al siguiente dia, cuando se me ocurrió hacer un experimento.

A mi paso por San Sebastian habia tenido el honor de ofrecer por primera vez mis respetos á D. Emilio Castelar; cariñoso y previsor me dió una tarjeta, que conservaré siempre, en la que me recomendaba á sus numerosos amigos de Francia; mostrela á los policías, (que se me figura sospechaban si sería yo un Zorrillista) pues no acertaban á compaginar mi edad, mi situacion de retirado, y mi aficion á cosas militares), y despues que se convencieron de su autenticidad allanáronse á que aplazara mi retirada para el siguiente dia. Muy lejos estaba yo de sospechar que aquel tratado de paz, tan pronto roto por los polizontes, habia de dar por resultado una declaracion de guerra entre los periódicos franceses y éste asendereado viajero.

CONCLUSION.

Acababa de comer medianamente en Miranda de Ebro, y dormitaba en mi asiento, cuando oí á un viajero, que leia *El Imparcial*, exclamar:—Hombre, han expulsado de Castelnaudary á un coronel de ingenieros español.—Así supe la importancia que daban

los franceses á mi insignificante escursion; tuve el placer de competir con Prancini durante dos ó tres dias en la prensa francesa; y si vuelvo á Francia no será extraño que al poner en la hoja del Hotel mi nombre, diga algun fondista ilustrado—Oh, Mr. Genaro Alas; j en connais quelque chose...souviens pas.

Pero tambien he tenido el placer, y ahora, ya en España, hablo con formalidad, de haber recibido de la prensa española y de los militares españoles testimonios de simpatía, que la presuncion más necia no podría atribuir al mérito de lo que hice. Por patriotismo han defendido los españoles mi capricho y mi teson; por patriotismo lo han vituperado los franceses; pero yo creo que en éste caso el sentido comun está de nuestra parte. Dios nos lo conserve, y mediante él nos haga imitar lo bueno de una nacion que despues de todo nada pierde con que los extranjeros la visiten.

GENARO ALAS.

Oviedo 16 de Noviembre de 1887

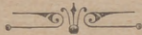




LA MEMORIA DE VIZCAYA

DE 1887 Á 88

POR LA COMISION PROVINCIAL



Es la claridad una condición verdaderamente relevante en las memorias descriptivas sobre administración y en este concepto bien digna de aplauso es la Comisión Provincial de Vizcaya por la Memoria que ha presentado. Ciertamente que la buena administración y la prosperidad que revela la gestión provincial del Señorío complace y estimula á poner de manifiesto sus progresos de una manera que salten á la vista del menos perspicuo.

Para que sientan orgullo los Vizcainos y comprendan el estado de sus adelantos y de su administración vamos á dar una ligera idea de ella enviando de paso nuestra sincera enhorabuena á los Srs. D. Restituto de Goyoaga, D. Ramon de Vicuña, D. Esteban de Acillona y D. Mario de Bastera que forman la Comisión provincial así como á los activos empleados y al resto de la Diputación

á los que tambien alcanza la gloria de una gestión tan afortunada.

Los arbitrios provinciales y peajes han sufrido un aumento considerable en su recaudación desde Abril á Septiembre no solo en comparación con igual periodo del año pasado de 1886 sino con lo que se calculó al confeccionar los presupuestos. Produjeron los arbitrios provinciales desde 1.º de Abril á 30 de Septiembre de 1886, 874,707'75 pesetas y desde 1.º de Abril á 30 de Septiembre de 1887 884'078'39 pesetas siendo la diferencia á favor de este año 9340'64 pesetas. Los portazgos produjeron en igual tiempo de 1886 118,256'26 pesetas y en 1887 120,661'32 pesetas siendo la diferencia á favor de 1887 2.405'06 pesetas. Lo calculado en el presupuesto fué por arbitrios 798.659 y lo recaudado 884,078'39 pesetas; diferencia á favor 85,419'39 pesetas; por portazgos se calculó 109,082 pesetas y se ha recaudado 120,661'32 pesetas, beneficio 11,579'32; haciendo ambas partidas la mejora sobre el presupuesto de 96,998'71 pesetas.

A este aumento extraordinario aún ha escedido con mucho el producto del ferro-carril de Triano que trasportó el año 1886 670,999 toneladas cuyo producto bruto importó 1.275,084'70 pesetas y el líquido 769.252'61 pesetas y en 1887 ha trasportado 979,039'70 toneladas, su producto bruto 1.921,527'33 pesetas y el líquido 1.281,905'09 pesetas siendo el aumento favorable á este año de 308,035'700 toneladas y el producto líquido de 512,652'48 pesetas.

Reconocida preferencia ha dado la Comisión á la prolongación del ferro-carril de Triano hasta Memerca, obtenida por ley de 22 de Julio del corriente año. Ha conseguido la aquiescencia de las compañías mineras y de los dueños de las minas que ha de servir el nuevo ramal y zanjadas las dificultades tiene casi terminados todos los

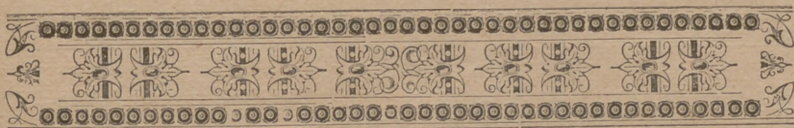
trabajos de replanteo y planos parcelarios, y el Ingeniero Director de la línea redactado ya el pliego de condiciones de la subasta. El presupuesto total de las obras ascenderá próximamente á 1.500,000 pesetas, para cuya ejecución encuentra la Comisión provincial condiciones favorables pues existen en cartera 892 obligaciones de Triano (2.^a serie) por valor de pesetas 446,000 que pueden colocarse á un tipo superior de la par igualmente que 2000 obligaciones del mismo ferrocarril para cuya emisión se halla autorizada la Diputación por Real Orden de 19 de Abril de 1884 que producirían mas de 1.00000 de pesetas. Y si á esto se agrega la importante existencia en caja que resultará de la liquidación del presupuesto de 1886-87 bien puede asegurarse que puede emprenderse obra tan importante sin exigir recargo alguno á los Pueblos.

Estas son las mas grandes muestras de vitalidad que dá la Comisión sobre la riqueza de Vizcaya pero no hay que pensar que por eso abandona otras partes que si no son tan principales merecen tambien especial atención. Entre ellas se hallan el arreglo con los Sr. Salazar y Echavarrí el cobro de créditos de la provincia la amortización de la exigua deuda del Instituto Vizcaino, los plazos pendientes por el valor de los terrenos del nuevo Palacio Diputación; las subastas (bien disminuidas) de la piedra martillada y obras de fábrica, de ampliación de la Carcel, el trozo décimo de la carretera de Rigoitia á Guernica las subvenciones á los ferrocarriles de Bilbao á las Arenas y de Bilbao á Portugalete, el Establecimiento de la Escuela de Comercio y otros asuntos de importancia relativamente secundaria de que se dá cuenta en relaciones detalladas así como de asuntos generales que han de ser objeto de las resoluciones de la Diputación provincial en el periodo semestral que ahora principia.

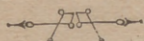
Acompañan á esta memoria una colección de estados sumamente claros, sencillos, metódicos que hacen que á primera vista se prevean los resultados de una gestión administrativa que honra sobremanera á la Comision Provincial que la ha llevado á cabo. LA REVISTA DE VIZCAYA que procura atender con la mas viva atencion todo cuanto se refiere á esta provincia no perdonará ocasion de tener al corriente á sus lectores de asuntos de tan vital importancia.

S. G.





Las Revistas.



En el número de la *Revue philosophique de la France et de l'étranger* (1) correspondiente al mes actual, G. Tarde, publicista conocidísimo y criminalista eminente, hace un curioso y detenido examen de las mas recientes é importantes publicaciones acerca de *La psicología criminal*. El asunto, como se ve es de los que hoy mas se estudian. Las obras que se escriben sobre las infinitas cuestiones puestas á discusion principalmente por la denominada *escuela positiva italiana*, son muchas y como en una Revista periódica no sería fácil dar cuenta detallada de todas, el escritor citado solo examina las que pueden considerarse como mas notables, tanto desde el punto de vista favorable á las *nuevas tendencias*, como desde el contrario ú opuesto. Entre las de la escuela naturalista las que en opinion de Tarde merecen en estos últimos tiempos, una atencion especial son: la obra capital de Marro *Y caratteri dei delinquente* y el folleto de Battaglia, *Dinamica del delitto*; y entre las que manifiestan el juicio que acerca de las novedades positivistas forma el viejo espiritualismo, la obra que el citado escritor examina, porque se debe «á la pluma de uno de sus representantes mas autorizados» es *La Nueva ciencia penal*, del profesor de la Universidad de Oviedo D. Eelix de Aramburu. No vamos á hacer aquí un extracto del largo y sustancioso estudio de Tarde. Ni espacio tendríamos para ello. Solo si creemos de importancia suma tomar nota de lo pue el publicista frances dice de la obra del criminalista español, porque aparte de todo, es una prueba muy evidente de que nuestro país va poco á poco figurando para algo en el movimiento científico de Euroda.

Dice Tarde. «Como facilmente se comprende, no acoje el anti-guó espiritualismo sin protesta, las precedentes doctrinas (alude á los positivistas). En Italia las sigue paso á paso, pero al discutir las se apasiona é irrita con exceso. Yo encuentro mayor vigor

(1) París, direct^{or} Ribot. editor Felix Alcan.—

y gravedad mas grande, asi como mas mesura y cortesía en las críticas que á las ideas nuevas se dirigen al sur de los Pirineos. Entre los signos de renacimiento que da hoy ese noble y antiguo pueblo español, tenemos que señalar con verdadero placer, un hecho de poca importancia en la apariencia, pero que no deja de tener su significacion; y es, el brillante éxito que en Oviedo han alcanzado, unas conferencias semanales, en las que se trata de temas á la vez especulativos y precisos, tales como la cuestion de Oriente, las guerras marítimas y en fin, las teorías positivas de la criminalidad. Este último punto ha sido eseúesto por el señor D. Felix de Aramburu catedrático de Derecho penal, decano de la facultad y Vice-rector de la Universidad de Oviedo, en cinco estensas y aprovechadas lecciones, en las que tenemos que comenzar por aplaudir su division y sucesion metódicas. Los títulos de cada uno lo comprueban suficientemente. La 1.^a trata, de la génesis de la nueva escuela, la 2.^a del Delito, la 3.^a del Delincuente, la 4.^a de la Pena y la 5.^a del juicio.

»El señor de Aramburu, no es tan solo espiritualista, sino tambien cristiano: y esto hace aun mas meritoria la moderacion de su lenguaje en la lucha que sostiene contra los principios que hieren su conciencia y su fé. Verdad es, que en mi concepto, es un cristiano, que puede invocar el liberalismo de Bececaria asi como reavivar el deisino de Voltaire: Voltaire y Beccaria son, por otra parte, mas hijos de Jesús de lo que suele creerse. Nada quízá es tan propio y original del cristianismo como su manera de comprender la falta y la espiacion; puede decirse que ha penetrado hasta lo último, la una y la otra; ha inventado el pecado y ha inventado la rehabilitacion por la penitencia; y si ha dogmatizado el pecado original, que hace de todo hombre un criminal nato, ha imaginado la redencion, como esperanza. El pesimismo cristiano es un principio profundo, pero que está hendido hacia el cielo. Antes del cristianismo se conocía el delito, concebido utilitario ó supersticiosamente, como algo exterior siempre, como un perjuicio material, como un ultraje hecho al amor propio de un rey ó de un Dios sin atender á la intencion del autor; pero se ignoraba el pecado, concebido como un enfermedad del alma como una mancha espiritual que era preciso lavar en interés principalmente del culpable.» «Se conocía la pena pero no la penitencia» «El cristianismo es ante todo, como dogma, una teoría mística del derecho penal, (la caída, la herencia fatal...;) como moral, un sistema penitenciario terrestre y supre-terrestre» Ha nacido, añade Tarde, más bien que de un sentimiento de los dolores humanos, de la consideracion de la universalidad del mal

moral, y de una piedad por el «miserable pecador» Y ha arraigado este sentimiento cristiano de tal modo, que aun apesar de las tendencias positivas teoricas que van contra las ideas de conmiseracion y lástima hacia el delincuente, hacia ese hermano degradado, la práctica penal se humaniza cada dia más.

«¡Por quién, además, añade á continuación Tarde, sino por los teólogos y por los casuistas cristianos, se han agitado esas gravísimas cuestiones sobre el libre arbitrio y el determinismo (lease predestinación) que al presente discutimos bajo otros nombres, como bajo el de hipnotismo, investigamos las hechicerías y brujerías de otros tiempos? Verdad es que el cristianismo si ha planteado tales problemas, no los ha resuelto. Los largos debates acerca de la gracia han terminado por cansancio natural. La ciencia es la que, con ayuda de la tesis determinista ha resuelto el antiguo debate. Y la solución que se impone ¿es inaceptable para un cristiano que se atiene á la esencia de su religión? En modo alguno. Nuestra responsabilidad debe referirse á lo que nuestros actos tienen realmente de interiores, voluntarios y personales y no á lo que tienen de libres en su manifestación puramente externa. El Sr. de Aramburu, por desgracia, es un partidario declarado del libre arbitrio y está conforme con la idea vulgar de la imposibilidad de construir una moral sin su fundamento. Por eso aparece su argumentación débil cuando combate á Garófalo.»

Aunque sea saliéndonos de nuestro humilde papel de expositores, no podemos menos de hacer aquí alguna indicación que nos sugiere el recuerdo de lo que en el libro de Aramburu leímos á su tiempo. ¿Puede considerarse al profesor español partidario ó defensor de la teoría del libre arbitrio á la manera que lo considera Tarde? Creemos que no. Y no solo porque así nos conste á los que tenemos la fortuna de recibir no pocas veces enseñanza de labios de Aramburu, sino que afirmamos resueltamente que tal consideracion no puede hacerse como resultado de lo que acerca de la cuestion de la libertad y responsabilidad humana, dice Aramburu en su libro. En efecto, á dos lugares de *La Nueva ciencia penal* podemos referirnos para demostrar lo que decimos. En la pág. 87 por ejemplo, hablando Aramburu de la confusion que reina en las discusiones acerca de la *libertad*, de la falta de precision que en los términos existe al plantear la tesis los filósofos, pues los unos hablan de la libertad moral, otros de la libertad de indiferencia, estos del libre albedrio, aquellos de libertad de conciencia...añade: «Para salvar los escollos que ofrece la vaguedad de la tesis indiciada, empezaré por conceder que no se intenta recabar una libertad de indiferencia por la que se vá facilmente al absurdo;

que se conviene en que el hombre obra por motivos y que no hay inconveniente en admitir que todo ser es libre en cuanto obra segun su propia naturaleza y obedece á sus leyes; que en la vida entra por mucho la necesidad, y que la organizacion y el medio influyen de un modo poderoso en el agente; pero todas estas concesiones no son bastantes para negar y destruir la libertad humana.» Y si esto no basta, porque no parece expresada de una manera definitiva la opinion del autor á su causa de la forma polémica en que el párrafo de donde esas líneas son esta redactado, léanse las páginas 220, 221 y 222. Allí dice Aramburu entre otras cosas que el agente del delito, para la responsabilidad, es «un ser humano, que está dotado de una inteligencia y de una voluntad; merced á estas facultades conoce y obra, y conociendo que un acto es injusto lo quiere y lo practica...» lo que no es proclamar la libertad de indiferencia; añadiendo más adelante al impugnar á los francamente deterministas lo siguiente: «es de advertir que estos al combatir á los *libertistas*, hablan siempre del libre albedrío, extremando la significacion de este concepto, cuando no son pocos los que explican el poder que el hombre tiene para dirigir su actividad y causar sus actos de una manera ménos radical y extremosa. Cabe admitir que obremos siempre por motivos, sin que esto implique que dejamos de obrar libremente; apreciando bien lo que el motivo es, no confundiéndolo con el puro antecedente cronológico, dando su parte á la inteligencia que discierne y á la voluntad que mueve, aquel modo de obrar motivado antes ayuda á firmar la libertad que á negarla...»

Y no copiamos más, por que creemos que hay en lo transcrito ya más que suficiente para probar lo que decíamos, esto es, que no anda muy en lo cierto Tarde al afirmar que Aramburu es *desgraciadamente* un partidario de la *pseudo* libertad y que por tanto segun las opiniones del profesor de la Universidad de Oviedo para apreciar la responsabilidad penal importa observar, como cree Tarde, lo que en el acto hay de verdaderamente interior, voluntario y personal.

Hecha esta ligera observacion, volvamos á extraer el juicio del publicista francés acerca de *La Nueva ciencia penal*.

Expuestas las consideraciones que antes resumimos acerca del significado del cristianismo en la ciencia criminal, Tarde pasa á examinar las conferencias que componen el libro de Aramburu. «En la primera, dice, consagrada á la gènesis de la nueva escuela positivista, se revela una erudicion basada en las mejores fuentes. Despues de haber señalado el caracter empirico, ó por mejor decir, la ausencia de principios de penalidad entre los antiguos,

nuestro autor reivindica para los Padres de la Iglesia, para el derecho canónico, el honor de haber fundado el Derecho penal, de haber sustituido la prision perpétua á la pena de muerte en muchos casos, y dulcificado los castigos corporales.....» de ahí ha nacido esa tendencia á sentir lástima y consideracion hácia el desgraciado criminal que siendo base de los progresos penales hasta hoy, es negada y combatida por los nuevos criminalistas. «La conclusion, dice Tarde, es segun eso, que estos están en camino de realizar un verdadero retroceso.—Sin aceptar tal juicio, continua, no puedo menos de hacer nota á este propósito un contraste: la escuela idealista y dogmática, la escuela de los principios absolutos es la que se distingue por su aficion á las investigaciones históricas, procurando encontrar la filiacion en el pasado de las ideas, mientras que la escuela transformista afecta desprecio hácia los precedentes históricos» Pero este contraste tiene mucho de aparente. Por más que nuestras evolucionistas sean revolucionarios en el derecho penal, no caen inconsecuencia. No se trata en el derecho penal de afirmar una tradicion histórica de ideas admitidas, sino de afirmar la ciencia como actual resultado de investigaciones hechas sobre la realidad misma de las cosas, procurando llegar á conclusiones verdaderas por el camino de la observacion y de la experiencia. «Si ellos (los evolucionistas) aportan á la ciencia algun dato *positivo*, como el Sr. de Aramburu reconoce, es porque miran la realidad frente á frente, sin interposicion de prismas heredados del pasado, sino con la ayuda de microscopios contruidos lentamente» Y es que como el mismo Tarde parece indicar, una cosa es el conocimiento en la historia de una idea, en cuanto esta es fin realizado por el hombre, y otra el conocimiento actual de la misma por el sujeto. Luego de esto, continua examinando la conferencia de Aramburu acerca del *Delito*. «En esta dice, merece especial consideración la crítica hecha de la teoría del *delito natural* tan brillantemente expuesta por Garofalo en la *Revue philo sophique*. Este autor por otra parte, es el adversario predilecto del sabio profesor español. Es superior á sus colegas porque «menos inflexible, no les cede nada en fuerza discursiva ni en fecunda ingeniosidad.» Es el más razonable, pero lo es á costa de inconsecuencias. Por medio de su concepcion del delito natural trata de conciliar el racionalismo con el evolucionismo; pero su intento es infructuoso porque se apoya sobre lo que hay de menos fijo en el mundo, sobre el sentimiento y no sobre el derecho. Entre otras objeciones, el Sr. de Aramburu, combate muy adecuadamente, mediante un ejemplo histórico el orden de suceder del delito establecido por Garofalo y segun el cual en

aquel aparece primero la violacion del sentimiento de piedad y después la de los sentimientos de justicia.» «Aquí y siempre que se trata de fijar el papel social de la idea del derecho, tantas veces desconocido por los sociólogos, el Sr. de Aramburu este muy enérgico y muy feliz.»

«Como era de esperar, en la leccion sobre el delincuente, nuestro autor critica á Lombroso. Alguna vez hace uso de mis armas contra él, y, sea dicho de paso, yo le estoy agradecido por haber apoyado esa hipótesis de los tipos profesionales colocándole bajo el patronato de Darwin..... No reproduciré aquí los numerosos ataques dirigidos contra el *tipo criminal*; muchas flechas dan en el blanco. Pero apesar de todo el crítico acaba por una concesion que tiene su importancia. Llega á reconcer ante el alarde prestigioso de las cifras (pag. 152) que «contra lo creído hasta aquí, el número de enfermos es muy grande y que el campo de la teratología dilata sensiblemente su cabida, mientras que el número de los verdaderos delincuentes y el campo del antiguo derecho penal disminuyen y se restringen». Y esto es mucho. Nuestro espiritualista, sin embargo, está muy lejos de creer en la locura moral y en otros conceptos con que los alienistas, segun él, pretenden transformar el mundo en un inmenso hospital de locos». Aquí como cuando tratamos de la cuestion de la libertad, nos parece que Mr. Tarde no interpreta fielmente las ideas de Aramburu. Se deja llevar en este caso, del entusiasmo por sus propias ideas y quiere dar á lrs afirmaciones del profesor español, un caracter y un alcance que no tienen á nuestro juicio. Al hacer Aramburu las declaraciones antes copiadas, la hace en forma de concesiones provisionales, porque á seguida añade; que aun siendo cierto lo del aumento del número de los enfermos y disminucion del de los criminales, con un solo caso que exista de criminal verdadero, (en virtud de su libertad), el problema jurídico-penal queda en pie completamente (1).

Y ya que estamos haciendo esta observacion, antes de pasar adelante, conviene deshagamos un horror en que Tarde ha caido al traducir algunas frases de Aramburu, porque fundado en él el escritor francés, á continuacion precisamente de los párrafos últimamente trascritos, hace consideraciones que serian muy atinadas si fuera cierto lo que se atribuya á Aramburu. Tarde, despues de celebrar las concesiones que entiende han sido hechas por el criminalista español, traduce las siguientes líneas de *La Nueva ciencia* «Cada vez (afirma que dice nuestro autor) se *comprueba*

(1) *La Nueva ciencia penal* pag. 152.

mas (se verifie davantage) la opinion de Regnault, de Coste, de Troplong y otros, segun la cual, basta ser hombre de buen juicio para distinguir un loco de un cuerdo» y á seguido de esto Tarde viene como á corregir esa declaracion de Aramburu citando la opinion de Contague que dice precisamente lo contrario. Aunque la cosa no tiene nada de particular, á causa de lo poco conocida que nuestra lengua suele ser hoy entre los hombres de ciencia, Mr. Tarde tradujo mal lo dicho por Aramburu; donde aquel pone *se verifie* este dice algo que significa cosa muy diferente. He aquí sino las palabras traducidas por Tarde tal como estan en *La Nueva ciencia penal...* «cada vez *se hace mas arriesgada* la opinion de Regnault, Coste etc... (V. la obra de Aramburu pag. 128). Pero este repito no tiene importancia y el error se explica facilmente.

«Habría mucho que decir, continua Tarde, sobre las conferencias acerca de la pena y del juicio.» En ellas entiende el critico francés, que Aramburu se ve como cohibido en su argumentacion por causa de su creencia en el libre arbitrio. Esto segun él lo impide en ocasiones ver claro en algunos argumentos de Garojalo, por más que otras veces reconoce que la razon queda de parte de Aramburu, como por ejemplo cuando éste al considerar la condicion de eficacia de la pena en el sentido del mejoramiento del culpable, afirma que para que tal cosa suceda es preciso que el condenado la reconozca justa, elemento este de la penalidad, que la nueva escuela rechaza. Acerca del juicio, Tarde se fija en algunas de las ideas del positivismo italiano admitidas por Aramburu y se hace cargo de la opinion que este sustenta acerca del jurado (que como es sabido se recheza por la escuela positiva) oponiéndose en general á las afirmaciones á él favorables de Aramburu, si bien en medio de tanto argumento como se le ocurre en contra de esa institucion tan defendida por algunos, no deja de encontrar, aun desde el punto vista de las novísimas ideas algo que pueda justificarlo.

Y no añadimos más. Con lo dicho que por falta de espacio no hemos expuesto mas extensamente, se comprenderá el amplio y sério estudio que Tarde hace de la obra de Aramburu, y es para la *Revista* ocasion de verdadero júbilo el señalar un hecho que á tan lisonjeras consideraciones se presta.

A. P.

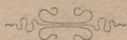




LOS CARNOT

POR

FLUCELN.



Eran los primeros días del año 60 y el ejército español acampado á orillas del río Azmir padecía las angustias de una privacion, que amenazaba convertirse en hambre; solo por el mar podía llegar el indispensable socorro, y en la costa centenares de anteojos escudriñaban sin cesar el velado horizonte; de pronto resuena un grito «*Una vela*»; lo ha dado un simple soldado, su vista perspicaz ha sido más poderosa que los mejores gemelos de campaña. Tambien en el Parlamento francés cuando los jefes buscaban ansiosos un presidente posible, que fuera la salvacion de la República zozobrantc, algun oscuro soldado gritó «*Carnot*». Para que una muchedumbre obre estos milagros de perspicacia física ó intelectual basta que la anime un pensamiento comun, á cuyo servicio se pongan todas las aptitudes; y entonces cónclave, parlamento, ejército ó lo que sea, parecerá siempre la solucion que se buscaba, y que se escondia á las inteligencias sublimes pero preocupadas por el egoísmo, á los grandes anteojos apuntados en una direccion preconcebida y equivocada.

En este momento, despues de hallada la solucion, si algo admira es que nadie la hubiera previsto; elevar á la presidencia de la república francesa á un nieto del gran Carnot, para que como jefe del Estado presida la gran conmemoracion del 89, y esto cuando los descendientes de Napoleon pierden el último destello de la popularidad y prestigio heredados, puede parecer una disposicion providencial, y un signo de los tiempos; Carnot representa lo contrario de Bonaparte. Carnot es la raza gala sobreponiéndose á las razas invasoras latina ó franca, representadas por los Bonapartes y los Borbones; Carnot es el patriotismo enfrente del cosmopolitismo; es la guerra santa de la defensa légitima contrastando con la guerra invasora, injusta y repulsiva, con la

guerra insensata de los intereses dinásticos; Carnot es la continuación por el camino recto de la Revolución francesa, así como los Borbones son el retroceso imposible y los Bonapartes la desviación peligrosa.

El dicho popular de que cada uno es hijo de sus obras no es exacto; cada uno es hermano de sus obras; á menos de la intervencion de circunstancias extraordinarias, todas nuestras obras llevan nuestro apellido, que es el de nuestros padres cuando ese apellidos; es honroso, hay las mayores probabilidades de que nuestras obras lo sean; por eso se concibe que los demócratas franceses abominen de un Borbon, recelen de un Bonaparte y aclamen á un Carnot. Las obras de éste han de llamarse honradez, justicia, firmeza, moderación; obras buenas para el gobierno de una nación democrática, mejores que otras cuyos nombres pueden ser mas deslumbrantes, mas seductoras para un patriotismo irreflexivo y vano, pero mas peligrosas y sobre todo esencialmente opuestas al espíritu democrático.

De la historia del actual presidente de la república francesa podíamos sacar argumentos, que corroborara nuestra afirmación; el tercer Carnot en su existencia de medio siglo compartido entre la ciencia y la política ha probado que sus obras son sus hermanas; preferimos ocupar estas páguas recordando á la actual generación hasta que punto esas obras, y el hombre que las ha realizado, son de glorioso abolengo. A orillas del Elba, en la ciudad de Magdeburgo lejos de la patria que defendió, de la democracia que amó y sirvió lealmente, bajo una modesta losa que por toda inscripción ostenta un apellido yacía Carnot, el organizador de la victoria. Los franceses le olvidaron en tierra extranjera; fuera de Francia acaso su nombre sea conocido solamente entre militares y matemáticos; cuando menos estos únicamente saben lo que valía aquel modesto comandante de ingenieros, que en muchos años de omnimodo poder militar no tuvo tiempo para firmarse un mal nombramiento de general en los ejércitos que había creado, organizado y conducido á la victoria. Pero á los hombres virtuosos ni en tierra estraña les falta el tributo de cariño que merecen; Niebular, el sabio alemán, el patriota que odiaba desde la niñez la revolución francesa, dice en sus memorias, «Carnot es el hombre que tiene todas mis simpatías; si un día dispusiera de un solo bocado de pan, ese lo partirían mis hijos con Carnot».

Lázaro Nicolas Margarita Carnot nació en Nolay, departamento actual de Cote-d'or, el 13 de Mayo de 1753. Era su padre un reputado notario, juez señorial de una gran parte de los dominios de la provincia; y en esta familia gozaba la mayor consideración. Los Carnot, como tantos otros nombres que sacó de la oscuridad la revolución francesa, pertenecen por tradición á la antigua raza gala; Karn en lengua céltica significa piedra sagrada. De los siete hermanos de Lázaro, el mayor, José Francisco, fué un notable criminalista; aunque republicano. Luis XVIII le conservó en su puesto de magistrado del Tribunal Supremo, en el que murió en 1830; el que seguía á Lázaro, Claudio María, fué como aquel, oficial de ingenieros, y también diputado de la legislativa, donde alcanzó fama de elocuente orador; para distinguirlo de su hermano llamábanle en la Asamblea Carnot-Feulins, y en la sociedad—le bel

ingenieur,—pues era de arrogante figura; al hacerse las elecciones para la Convencion prefirió volver à servicio activo, y en la célebre victoria de Wagnies mereció ser ascendido à general; cortó su carrera el advenimiento de Napoleon, al cual era personalmente hostil; y despues de rechazar un mando en Santo Domingo, que se le asignó con torcida intencion, abandonó el servicio activo, y dedicóse à trabajos literarios que tuvieron gran aceptacion en su tiempo. Los otros cuatro hermanos de Carnot murieron muy jóvenes.

Las matemáticas atrajeron desde muy niño la atencion de Carnot; empezó su estudio en el seminario de Autun; pasó desde allí à Paris y tuvo la suerte de llamar la atencion del gran d' Alembert, que con sus consejos y recomendaciones logró que entrase en la escuela militar de Mezieres con el grado de 2.º teniente de ingenieros. No era esto cosa facil, pues entonces le exigian pruebas de nobleza; siete años antes el gran Monge, el inventor de la geometría descriptiva, el compañero de Napoleon en la campaña de Egipto, no habia podido pertenecer à la misma escuela sino admitiendo el cargo subalterno de apareador; pero Carnot probó que pertenecia al tercer estado *vivan noblement*; y gracias à esto pudo ingresar, y allí aprovechó las lecciones del mismo Monge, que bajo la apariencia de su modesto empleo ejercia en realidad el profesorado. Era esto el año 71; el 73 ascendia Carnot à teniente, y en servicio de guarnicion pasó diez años, hasta que el año 83 ascendió à capitán por antigüedad; y empieza entonces à darse à conocer.

En ese año la Academia francesa premió su primer trabajo literario, el elogio de Vauban: el mismo príncipe de Condé, que diez años despues mandaba el cuerpo de emigrados que se batía contra los ejércitos de Carnot, coronaba la frente del oscuro ingeniero, y le hacia lisonjeras proposiciones para conservarlo à su servicio. En realidad el trabajo merecia todas estas distinciones; aun leído hoy escita vivas simpatias, y sugiere hondas meditaciones; puede decirse que las dos cuestiones principales, que se discuten, no han recibido en el día solucion satisfactoria, ni su consideracion ha adelantado gran cosa respecto à lo expuesto por Carnot.

Inspírase sin embargo en las ideas del mismo Vauban, otro hombre grande anegado en la gloria del rey Sol, como su panegirista quedó anegado en la de Napoleon: sostiene allí la necesidad de los ejércitos nacionales, aptos exclusivamente para las guerras defensivas, para defender el don sagrado de la independenciam; idea hoy vulgar en teoría, pero peregrina en un militar que habia nacido durante la guerra de los siete años, y cuya filiacion hay que buscar no solo en las obras de Vauban, sino en los consejos de aquel gran enciclopedista que guió los primeros pasos de Carnot. Pero más notables son las ideas económico-sociales: és, dice Carnot, la mision del Estado, obligar à todos los ciudadanos à trabajar segun sus fuerzas en provecho de la comunidad; debe pues equitativamente dar al pobre los medios de trabajar, cercenar al rico las superfluidades que le invitan à la vida frívola y ociosa; y hay que lograr esto sin alentar perezas, sin matar estímulos. No da Carnot el programa de medidas teóricas, tan en boga en aquellos tiempos, para alcanzar este ideal; pero sí observa con valentia cuán distinto de ese ideal era un régimen, en que con el mayor vigor se quitaba al labriego el bocado de pan negro indispensable para el sostenimiento de su vida mísera y laboriosa, para reunir

sin todos esos mendrugos el tesoro que dilapidaba el noble ocioso y corrompido. Buffon felicitó al autor; y el príncipe Enrique, el hermano del gran Federico, le propuso pasar al servicio de Prusia con grandes ventajas; singular manera de comprender el espíritu eminentemente patriótico que respiran todas las líneas del elogio de Vauban.

Capitan de ingenieros, de guarnicion en el Pas de Calais, seguía siendo Carnot cuando estalló la revolucion, á la que desde luego se adhirió; á la constituyente remitió importantes trabajos, y de ellos conocemos una memoria sobre organizacion militar, que aún hoy, debidamente meditada, encierra profundas enseñanzas. Muéstrase partidario de un ejército profesional sujeto á severa disciplina, preparado para las guerras extranjeras y coloniales, y de una milicia nacional destinada á defender el órden interior y el territorio, pero sometida á un código menos estrecho en tiempo de paz; para comprender el verdadero alcance de esta opinion, que hoy acaso seria absolutamente contraria á lo conveniente, hay que conocer á fondo la organizacion militar de aquella época, muy poco estudiada (1), y figurarse como el ejército mercenario, juramentado en nombre del soberano, superior para él á la patria, debia aparecer á los ojos de un patriota en aquellos momentos, en que la libertad apuntaba apenas en el horizonte. Todo esto y su asistencia asidua á clubs y reuniones políticas dió por resultado su eleccion, y la de su hermano Feulins, para la Convencion, en la que ambos tuvieron muy pronto papel preponderante; el último como orador notable, el primero como infatigable miembro de comisiones, en las que su opinion á la vez sensata y firme acababa siempre por imponerse.

Su primera mision como delegado de la Convencion fué la pacificacion del ejército del Rin; en ella fué separado del servicio el célebre autor de la Marselesa, Rouget de l' Isle, compañero del convencionalista como capitan de ingenieros, y tambien compañero en los primeros pasos de la Revolucion; pero el poeta más sensible, el matemático más lógico, estaban ya en este punto separados, al primero le asustaba la destitucion del rey, miraba espantado el abismo desconocido á que corria la Francia; al segundo le parecia todo aquello un curso violento sí, pero necesario, y esperaba que los hombres de buena voluntad, pero de fé y abnegacion concluirian por dominar los acontecimientos.

Al terminar esta difícil comision, más dolorosa para un militar de carrera, Carnot fué reelegido para la Convencion, é inmediatamente delegado al ejército de los Pirineos; allí demostró, aunque en limitado campo sus dotes de organizador, realizadas por un profundo conocimiento de todas las ramas del servicio; pues generalmente se pierde de vista hasta que punto la ignorancia del detalle perjudica á la viabilidad de las lucubraciones más lógicas en apariencia. De los Pirineos volvió á la Convencion para votar la muerte de Luis XVI; sí, Carnot fué un regicida; á su nombre va unido este calificativo, que tan facilmente concita el odio de las almas sensibles; Carnot es responsable

(1) La Revista de ambos mundos, en los números de Mayo y Junio, publica un excelente y original trabajo de Mr. Duruy, que desvanece ideas muy estendidas y muy erróneas sobre el particular.

de la muerte de Luis XVI como à tantos jueces, desde que hay tribunales, son responsables de la muerte de acusados, cuya culpabilidad ha debido apreciarse por un derecho no escrito. Para Carnot el mas alto delito, que podía cometer un hombre, era el de hacer traición à su pátria; y en àquel momento en que la Europa coaligada quería contrariar la voluntad de la Francia, cuando entre las filas de los invasores militaban los realistas emigrados, el manifiesto del duque de Brunsvick debió parecer una prueba irrecusable de la culpabilidad del rey. Si hay muchos hombres sensatos que crean que Luis no debió ser condenado, muchos hay entre esos mismos que no condenarán tampoco à los que lo sentenciaron.

Tenian despues del proceso del rey la defeccion de Dumouiez; Carnot fué enviado al ejército; por fortuna para él y para la Francia hubo de retrasarse, y al llegar à Douai supo el arresto de los otros delegados; ahorrose así una cautividad de más de tres años, y pudo prestar à su pátria muy pronto el mayor servicio, entre todos los que el patriotismo exaltado de aquel periodo épico ofreció à la admiracion de las generaciones futuras.

El 14 de Agosto del 93 fué nombrado miembro del famoso *comité de salut publique*; era el terror, era el terror pánico de los revolucionarios ante la avalancha de extranjeros y reaccionarios, el terror infinito de los hombres desafectos à la revolucion ante el cúmulo de atrocidades, que el otro terror inspiraba à los republicanos; habían subido à la guillotina los girondinos, más simpáticos que avisados; en la Vendée más de 100.000 realistas proclamaban al rey absoluto y vengador; en el medio dia los federales se alzaban en armas contra el gobierno central; los asignados perdian todo valor; la escasez de subsistencias producía en todas partes motines sangrientos; cada fraccion política recelaba de todas las otras; dentro de cada fraccion un hombre era sospechoso para los demás; y en las fronteras francesas abiertas à los cuatro vientos se estrechaba el aparatoso círculo de hierro y fuego de los ejércitos extranjeros. Algo de esto podemos figurarnos los españoles que recordamos à las provincias vascas, catalanas y aragonésas ocupadas ó recorridas por los ejércitos carlistas, à Cartagena, Càdiz y Sevilla en poder de los federales, y en Madrid una pseudo milicia nacional tan dispuesta à barrer un gobierno como à tirar à las alcantarillas los gorros frígios à la amenaza de un peligro sério; pero al ménos en España no peligraba la independencia. Mientras sus colegas de la comision y los generales republicanos hacian frente à los rebeldes, Carnot dedicó sus grandiosas dotes, exageradas por las circunstancias, à repeler al extranjero. Fecundó la leva en masa, los hombres que esta puso à su disposicion formaron compañías, batallones, escuadrones, baterías; recibieron fusiles, municiones, caballo, cañones, trenes de puente, globos militares; se repartieron en 14 ejércitos conforme à las ideas estratégicas del tiempo, y en 17 meses de gloriosas campañas la coalicion de los monarcas europeos se deshacía, y la Francia afirmaba su soberana independencia despues de haber obtenido 27 victorias, reñido 8 batallas campales y 120 combates, matado 80 000 enemigos y cogido 95 000 prisioneros, 3 800 cañones, 70.000 fusiles, 90 banderas, y tomado 116 plazas fuertes ó ciudades importantes y 230 atrincheramientos. Entonces se ganó Carnot el dictado de Organizador de la Victoria; pero no se crea que solo desde su ga-

binete de Paris contribuyó á la salvacion de la patria; en Octubre del 93 los aliados sitiaban á Maubege, y de tomarlo quedaba abierto el camino á Paris; Carnot corre al ejército de Jourdan, decide dar la batalla de Watignies, y despues de ejercer este alto cargo de gefe estragético, al frente de una de las alas del ejército, fusil en mano decide la victoria. Desde Paris anuncia á la Francia el gran hecho de armas, que Napoleón califica de modelo de batallas: y á leer esclusivamente la orden del día de Carnot, nadie sospecharía que él hubiera siquiera estado presente en el ejército.

Al lado de estas sintesis no hay medio de aquilatar los méritos del militar profesional; pero Carnot con su gran talento fué de los primeros en penetrar la revolucion, que en el arte militar introducía la revolucion política; aquella escuela pedante del antiguo régimen de nada servia ante ejércitos que se batian con entusiasmo, con saña; que tomaban del país ocupado todo lo que les hacía falta para vivir; y por eso en táctica y estrategia fué un precursor de Bonaparte, atacando las líneas delgadas de la táctica prusiana con profundas é impetuosas columnas, precedidas de guerrilleros; concentrando la artillería y la caballería en grandes masas; reuniendo las tropas en ejércitos grandes, capaces de dar un golpe decisivo, independientes de sus almacenes, poco temerosas de fortificaciones insignificantes, y siempre dispuestos á marchar y batirse sin atender á terrenos ni estaciones. En el arte de ingeniero militar tambien prestó grandes servicios contribuyendo con su autoridad á desacreditar la rutina, en que habia degenerado el arte maravilloso de Vauban; rutina á cuya sombra medraba la pereza, y la cobardía se disculpaba.

CONTINUARA





Lirios del Rhin.

Del inglés, de Lord Byron.

Estos lirios te envío ¡amada mía!
aunque sé que mucho antes que los toquen
tus blancos dedos, estarán marchitos.
Mas no por eso los rechazas dura;
pues que los he cuidado tiernamente,
porque iban à encontrar de tus hermosos
ojos, la dulce, angelical mirada,
y à hacer que tu alma busque aquí à la mía,
cuando los veas lánguidos y místios,
y sepas que en la mårgen se cogieron
del sacro Rhin, y que, de amor en prenda,
mi corazon al tuyo los ofrece.

VICENTE DE ARANA.





*A mi buen amigo el Sr. D. Vicente de Arana, Director de
la **Revista de Vizcaya.***

SONETO.

(IMITACION DE LOPE DE VEGA)

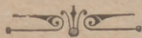
¿Catorce versos forman un soneto?...
Pues uno tienes ya, y este el segundo
es, y en el arte métrica me fundo,
al decir que acabé el primer cuarteto.

Pensé que no saldría del aprieto
mi cacúmen mezquino é infecundo;
mas veo que me encuentro sin profundo
trabajo con el otro ya completo.

Por el primer terceto empiezo ahora;
y sin mucho forzar el pensamiento
con este verso lo acabé en buen hora;
y el segundo, más rápido que el viento,
con este y otro más, ya sin demora,
acabo, como ves ¿estás contento?

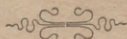
VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.

Madrid Octubre de 1887





Crónica local.



Tengo un amigo á quien nada puedo negar, y este amigo es el nunca bien ponderado Caton de Gatika. El moño, y aún el *polisson* mismo que me pidiera le daría sin vacilar. Hoy me ha suplicado que le haga una croniquilla, é inmediatamente he puesto manos á la obra, encomendándome antes fervorosamente á Santa Rita, única que puede sacarme del apuro.



Todavía resuenan en mis oídos lassublimes armonías que del piano arrancaba en sus inolvidables conciertos el eminente Planté. El concierto en *mi* de Chopin, la *polonesa* del mismo autor, las maravillosas obras de Beethoven y Mendelsshon, Mozart, Schumann, y otros maestros, pocas veces se han oído tan delicada y magistralmente ejecutadas. Con la maravillosa *tarantela* el entusiasmo rayó en delirio: hasta los más fríos saltaron en su asiento como movidos por un resorte. No es, pues, extraño que todos deseemos vivamente la vuelta del inimitable Planté.



El partido de pelota entre Sarasqueta y Brau menor, tan ansiosamente esperado por los aficionados, se jugó por fin en el fronton de Deusto, alcanzando la victoria el de San Sebastian que dejó al de Eibar en 30 tantos, á pesar de los esfuerzos sobrehumanos y de las asombrosas jugadas que hizo el maestro y que provocaron tempestades de aplausos.

El partido que ahora esperamos ansiosamente es el concertado entre el *Chiquito de Eibar* y el *Vergarés*, y que, si el tiempo lo permite, cosa bien dudosa por cierto, se jugará el domingo próximo en el magnífico fronton de la vecina república de Abando.



Hace muchos años que se viene sintiendo la necesidad de levantar un palacio provincial digno de Vizcaya y de Bilbao. Era cosa resuelta su construcción, y con ese objeto se había comprado, muy barato por cierto, un hermosísimo terreno admirablemente situado. Y ahora, un señor diputado provincial de cuyo nombre no qu'ero acordarme, ha presentado una moción en la que, entre otras cosas, se pide que no se construya el proyectado palacio provincial. Entre las razones, llamémoslas así, que en apoyo de su moción ha expuesto, hay una que figura en primer término. Dice el Sr. diputado que se guarde el dinero que se emplearía en la erección de la casa provincial para emplearlo en la obra magna del puerto exterior. Es lo mismo que si el ministro de Marina ordenara que en las oficinas del ministerio no se pusiesen puntos en las *ies*, para con el valor de la tinta de ese modo economizada contribuir á la creación de la nueva escuadra.

Afortunadamente, Bilbao, con la ayuda del Estado por supuesto, puede construir el puerto exterior, sin necesidad de privarse para ello de tener un palacio provincial decoroso, y capaz, y digno de Vizcaya.

Nuestro distinguido amigo D. Pablo de Alzola, que tan dignamente preside la corporación provincial pulverizó los argumentos del autor de la moción, empezando por encontrar poco formal que se tratara de volver sobre acuerdos anteriores, puesto que constaba en diversas actas del expediente, que el terreno se compró á los señores Zabáburu para erigir un Palacio Diputación, habiéndose encomendado á la comisión de fomento el estudio de las bases para el concurso entre arquitectos nacionales del proyecto correspondiente, de modo que carecían de fundamento algunas afirmaciones que se habían hecho en la discusión, de que se compró ese terreno sin objeto determinado. Añadió que no comprendía que se tratase de enajenar este terreno, conservando en cambio el almacén de espíritus de Iturríbide, anulando también con esta nueva evolución los acuerdos anteriores de la Diputación de que se vendiese este almacén en cuanto se termine la construcción del que se está levantando en Uribitarte. Dijo que no se explicaba el espíritu mercantil que aconsejaba estos cambios porque las subastas anteriores, que quedaron desiertas, demostraron claramente que se había señalado una depreciación marcada en la propiedad de Iturríbide, no siendo este un aliciente para conservarla, mientras que el solar del Ensanche valía un 50 por 100 más del precio que pagó la Diputación, á juzgar por algunas ventas realizadas en solares contiguos, de manera que los intereses de la Diputación sufrirían una lesión marcada, si se cedía el terreno á los Sres. Zabáburu en el precio de venta, lo cual tampoco podía hacerse legalmente, y en caso de apelar á la pública subasta, aquellos señores sufrirían un perjuicio en sus intereses, que probablemente reclamarían á la corporación provincial. Combatió la idea de aprovechar los callejones y patios de Iturríbide para levantar el Palacio provincial, según se proponía en el informe que se discutía, pues sin luces y en emplazamientos tan destartados, no podrían ejecutarse más que obras de deplorables consecuencias; y si bien había indicado el Sr. Larrazábal que podía convertirse el Instituto en Diputación, relegándose los patios para aquel edificio, opinaba que estas contradanzas daban siempre malos resultados.

En su concepto los pueblos y las provincias se hallan en el deber de mantener con decoro su rango; y así como es vituperable que un acaudalado magnate arrastre una vida miserable por codicia ó tacañería, así también la Diputación de Vizcaya, que gracias al ferrocarril de Triano se halla actualmente en una situación más desahogada que sus compañeras, se halla en el caso de agrupar sus diversos servicios en un solo edificio, y de instalarse con la holgura necesaria, y que si el edificio actual era espléndido para la época en que se construyó en la que los recursos de la Diputación eran exigüos, comparándolos con los actuales, en cambio recientemente y con motivo de la venida de SS. MM. se había comprobado la mezquindad y pobreza de la Casa Diputación, habiendo salido del paso la comisión de Festejos, gracias al desprendimiento de los señores de Zabáburu, que ofrecieron su Casa-Palacio, á cuyo recurso no tuvieron que apelar las Diputaciones de Navarra ni Alava.



Recuerdo imperecedero ha dejado en nuestra villa el concierto celebrado en el teatro Gayarre á beneficio de *las hermanitas de los pobres*.

Empuñó el maestro Zabala su maravillosa batuta, y la notable orquesta empezó la función de un modo brillantísimo.

Los señores Ratche y Losada cantaron luego, con mucho gusto y perfección, y obteniendo bien merecidos aplausos, un precioso duo de tenor y bajo, de Rossini.

Y empezó la segunda parte de la fiesta, que el público esperaba con ansiedad. Con estrépitosos aplausos fueron saludados á su aparición los simpáticos jóvenes que componen la laureada Sociedad Coral, y el brillantísimo ramillete de señoritas que á ellos se habían bondadosamente asociado para dar mayor interés y encanto á la fiesta.

Se cantó la celebrada misa de Gounod, y se cantó de tal modo, que me parece imposible cantarla mejor. Notóse el gusto y la precisión con que cantaron las señoritas, descolando entre ellas D.^a Cruz Garcia del Real.

Entusiasmado el público obsequió á aquel coro de arcángeles con palomas y magníficos ramos de flores.

La orquesta estuvo admirable, distinguiéndose singularmente en la delicadísima *Melodía* del maestro Zabala.

El orfeón estuvo como siempre, esto es, muy bien, triunfando de las muchas y grandes dificultades que ofrece la misa de Gounod, verdadera obra de prueba, é inspiradísima página musical.

Mi cordialísima enhorabuena al inteligente é incansable maestro Zabala y á mi querido amigo el celoso presidente de la *Sociedad Coral*, D. Julio de Lazúrtegui.



Aunque sea demasiada música para una crónica, debo decir algo del concierto dado en el mismo teatro de Iturrubide por la violinista señorita Neusser, la cantatriz señora Montesini, y el pianista señor Dordal.

Los tres agradaron mucho, y la violinista subyugó tanto con su arte inimitable como con su extraordinaria belleza.



Con escasa concurrencia se ha celebrado la asamblea general de la Cámara de Comercio de Bilbao.

Se leyó y aprobó la *Memoria*, y fueron nombrados nuevos vocales en reemplazo de los siete que han cesado en sus cargos.

Hubo algunos ligeros debates en los que tomaron parte los señores Sacristan, Echevarría, Orive, Mieg, Bergé, Urraza, Orbeagozo, y algunos otros.

La sesión fué presidida por el Sr. D. Braulio de Urigüen.



Terminaré diciendo dos palabras acerca de las publicaciones que han visitado nuestra redacción.

Ha visto la luz el núm.^o 266 de la *Euskalerría* de San Sebastian, que contiene interesantes trabajos de los Sres. Guerra, Otaegui, Iturralde, Iturriaga, Artola, Laffite, Arrese y otros.

Tan notable como los anteriores es el último cuaderno publicado del Diccionario euskaro castellano-latino que imprime en Tolosa el inteligente y laborioso editor don Eusebio López. Acompaña á dicho cuaderno un excelente retrato del autor de tan notable obra, el insigne patriota D. Pedro Novia de Salcedo.

El núm.^o 288 de la acreditada *Revista contemporánea* contiene notables trabajos de los Sres. Abela, Botella, Sereia, Valero, Jordana, Lians y otros. Lo que principalmente me ha llamado la atención en dicho número es un bellissimo epitalamio sagrado escrito en latin y dedicado á nuestro Santísimo Padre León XIII con motivo de sus bodas de oro. Acompaña á esta notable composición una tarduccion en verso castellano hecha por nuestro querido amigo y distinguido colaborador D. Victor Suarez Capalleja. Y aunque es bello el original, la versión me parece todavía mas bella: no solo por el language elegante y castizo, sino tambien por la versificación esmeradísima y muy acertada.

En el cuaderno número 29 de la *Union Ibero Americana* aparecen interesantísimos trabajos que muestran cómo la patriótica asociación del mismo nombre va ensanchando su esfera de acción y realizando los altísimos fines para que fué creada.

El número 310 de la *Semana Industrial* publica variados é interesantes trabajos que muestran cuanto esmero se pone en la confeccion de tan notable folleto hebdomadario.

Notable por varios conceptos es el número 11 de la *Revue des traditions populaires*: contiene leyendas, cuentos y canciones, algunas acompañadas de la música.

La revista *La Jeune France* que con tanto acierto dirige nuestro eminente colega Mr. Paul Demeny, entra en el décimo año de su publicacion y publica en su último número una relacion del banquete con que ha conmemorado la fundación de la REVISTA, banquete al que asistieron sesenta de sus colaboradores, entre otros: Villiers de l' Isle Adam, Catulle Mendes, Léon Dierx, Octave Lacroix, André Lemoyne, Carjat, Michelet, Darzens, etc. Dicho número publica además los versos que se leyeron en el banquete, la continuacion de la notable novela de Ch. Buet *André Zapolito*, la conclusion del magistral estudio filosófico de A. Lefevre: *De la nature des Dieux*. Publica además *Le fauteuil de Caro*, de J. de Marthold; poesias inéditas de Payelle, Valabrégué, Tinchant, Pittié, Bazire, Méry, Hubert No etc.; una crónica del mes (teatro, política, modas, hacienda); una chispeante gaceta rimada por Izambart, titulada *Madame Limouzin en la hospedería del Gato negro*; y una importante revista bibliográfica.

El número 98 de *Le Passant* es interesante y amenísimo, pues contiene artículos y poesías de Pigeon, Jhouney, Guigou, Bodin, Blondel, Vinot y otros.



Apunto á continuacion algunos de los sucesos históricos que se conmemoran en la primera quincena de Diciembre:

El día 1.º de Diciembre de 1844 nació la princesa de Gales, heredera presunta del mayor y mas poderoso imperio de la tierra; la reina Adelaida murió el día 2 de Diciembre de 1849; Belzoni falleció el día 3 de Diciembre de 1823; el día 5 de Diciembre de 1876 fué el incendio del teatro de Brooklyn (Nueva York); el mariscal Ney fué fusilado el día 7 de Diciembre de 1815; De Quincey murió el 8 de Diciembre de 1859, Vandyck el 9 de Diciembre de 1641; Milton nació el 10 de Diciembre de 1608; Brunel murió el 12 de Diciembre de 1849, y el doctor Jhonson el 13 de Diciembre de 1784; el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria de Inglaterra, murió el 14 de Diciembre de 1861. El día 15 de Diciembre de 1867 nació la que escribe esta crónica, y se llama

MARÍA DE ARTECALLE.



Post scriptum. Ya no se juega el partido entre Sarasqueta y el Vergares, por marcharse el primero á Buenos-Aires, para cuya *causa* ha sido contratado. Como una bomba ha caído la noticia entre los aficionados: ha producido mayor consternación que produciría la noticia de un nuevo y próximo diluvio.

Asegúrase que Eustaquio Brau ha sido tambien escriturado para el otro mundo. ¡Desdichados de nosotros!





SECCION DE CURIOSOS.

En esta seccion publicaremos todas las preguntas que nos parezcan *publicables*, y que sobre cualquier asunto se nos remitan con ese objeto por nuestros lectores. Insertaremos tambien todas las respuestas que nos parezcan *publicables*, y que se refieran á preguntas que hayan visto la luz en esta seccion. Las preguntas se repetirán en todos los números, mientras no obtengan respuesta que nos parezca satisfactoria.

PREGUNTAS.

1 ¿Cuál es el blason de los Oquendos antes del famoso almirante de ese nombre?

2 ¿Cuál es el blason de la misma familia despues del almirante?

3 ¿Cuáles son los descendientes varones y hembras del almirante, ó sea el arbol genealógico de la familia á partir del heróico marino guipuzcoano?

4 ¿Cuál es el grado de parentesco que tenia con el almirante un don Luis de Oquendo que á mediados del siglo pasado hizo un papel considerable en el Perú. D. Luis casó en 1775 con una nieta de D. Ignacio Torquemada, Marqués de Soto Hermoso, y de esta unión proceden los Oquendos actuales del Perú.

5 ¿Cuáles fueron las campañas navales del gran Oquendo, y en qué libros ó manuscritos se habla de ellas?

6 ¿Cuál fué la primera imprenta que hubo en la region vasco-navarra, y en qué año se fundó?

8 ¿De qué pueblo era natural el famoso marino vascongado Portuondo?

9 ¿En qué remedios caseros se emplea el romero en la región vasco-navarra?

12 ¿Cuál fué la grave cuestion que hubo hace ya siglos, y en la que fué parte muy principal Doña Elvira, hija de Ferran Rodríguez de Villarmentero, y sobrina del arcediano D. Mateo de Búrgos?



a-
an
las
n á
tas
es-

ni-
te?
ni-
co

nte
un
ie-
de

, y

co-

do

ón

en

Ro-
de

REVISTA DE VIZCAYA.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta REVISTA se publica los días 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas con su cubierta de color. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atención al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



EN TODA ESPAÑA.

Tres meses. . . . 5 pesetas
Un año 17 »

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Tres meses. . . . 7 pesetas
Un año 24 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Número suelto, una peseta.

PUNTOS DE VENTA EN BILBAO

Librería de D. Juan E. Delmas, Correo 24.—Librería de
D. Antonio Apellaniz, Libertad 1—D. Eduardo Delmas, Correo 8

EN PARÍS.

Librería de Mr. Albert Savine—18—Rue Dronot.

